



CALANDRAJAS

Papeles de arte y pensamiento

Edita: Tertulia Calandrajás
Apartado 247

TOLEDO

NUM. 16
OCTUBRE, 1987

En este cigarral de Buenavista —aledaños de Toledo, junto al río— lleno de sol y de silencio en la tarde azul, unos jardines antiguos medio deshechos, con calles de mirtos melancólicos y un mármol roto y mudo en el centro de un estanque enmohecido, nos traen recuerdos de la edad de oro de nuestra literatura. Estos jardines y el palacete que circundan, y aquellos olivos viejos del fondo, fueron, durante el primer cuarto del siglo XVII, propiedad del cardenal arzobispo don Bernardo Sandoval y Rojas, el delicado protector de los últimos años de Cervantes.

Tertuliano de este poderoso prelado, deudo de Lerma, fue Baltasar de Medinilla, que cantó las delicias del cigarral en versos armoniosos y quizá llevó a la reunión —torneo de ingenio— a su íntimo Lope de Vega, estando en Toledo, los primeros meses de 1614, para ordenarse de presbítero, hospedado en casa de su coima Jerónima de Burgos, que le aposentó “con muchas caricias”, según sabemos por una carta enviada al duque de Sessa.

Pensemos, para consolarnos de estos días tristes españoles, de selección al revés y odio hacia los mejores, que hace trescientos diez años, junto a este árbol hoy carcomido, unos compatriotas finos y llenos de aquella alegre cultura del Renacimiento henchida de esperanza, comentarían amablemente las nuevas de su tiempo, la decadencia de la salud de Domenico Greco o la fecunda vejez de Cervantes, de cuya pluma fluía por entonces la segunda parte del *Quijote*, o simplemente el incruento sacrificio de los bigotes del romántico Lope, debido a la filípica que le lanzó el obispo de Troya al presentarse con tan bizarro ornamento a solicitar sus “dimisorias”.

(Tomás García-Diego, *Toledo*, Madrid, 1924. Reeditado en parte en *Huellas de mi jornada*, Madrid, 1955, pp. 29-43)



P/A

CARMEN SÁEZ

DOS ESTAMPAS

Quién tuviera la culpa de aquella infelicidad ya nadie intentaba saberlo. Hubieran estado dispuestos, seguramente, a aceptar que el culpable era el heno, o los chillidos de los pájaros. Todo, incluso la luz del sol por las mañanas, tenía un aire de culpa o de sospecha. Por las tardes, buscaban avergonzados la alianza de las sombras para llorar amargamente, solos; necesitaban estar solos a pesar del miedo. Silenciosamente, a hurtadillas, habían ido rompiendo los espejos y habían, por si acaso, ordenado cegar una mina de azogue. La única cosa que les aliviaba era la lluvia, quizás porque les pareciese un borrador o un ahogador de culpas. Tácitamente, habían suprimido la palabra *dignidad* de su vocabulario: era imposible usarla; se atragantaba en la garganta. Vivían para comer. En ocasiones, si borrachos, cantaban con desesperación, amargamente, viejas canciones que, en otro tiempo, habían sido alegres. No tenían valor ni siquiera para mirar de frente, a los ojos, a las pequeñas violetas de sus prados. La ignominia y el miedo, ése era su tesoro y su vergüenza. Iban, poco a poco, extendiendo sus nubes a otras tierras, tapando el sol como podían. Se hicieron amigos de las piedras más duras, y, de los árboles, solamente apreciaban las raíces. Quemaban a las mujeres hermosas para que no pudiesen contaminar su raza. No sabían, en definitiva, cómo había comenzado todo aquello, por qué continuó, ni quién pudiera ser el responsable.

* * *

Como ve tan poco, apenas nada, ha aprendido a tocar el sol, a dejarse, mejor, tocar por el sol. Es el sol lo mejor de su vida, su amigo, su alimento. Hoy, el sol entra a chorros por la ventana abierta, llenando de vida el aire, aún fresco, del mes de marzo. El abuelo se levanta del sofá, del gran sofá de rinconera en el que, por las tardes, se lee, se cose, se merienda, se habla y se ve la televisión —él no sabe, creo que no sabe, que alguna de sus nietas lo utilizó también algunas veces, muchas veces quizá, para el amor—. Se levanta y da unos pasos hasta el antepecho de la ventana, en donde están los tiestos. Tiene predilección —toda esta familia la tiene— por los geranios; le gusta de ellos, sobre todo, su acre olor; les pasa la mano derecha por las hojas ásperas, recorre con el pulgar y el índice los tallos nudosos, y, luego, se huele con fruición la mano. Vuelve al sofá; encima de la mesita humea la taza de té, otra de sus pasiones. Bebe un trago —oh delicia del buen té, sabor y aroma exquisitos—. Está lleno de paz. “¿Por qué, por qué no se tendrá esta paz a los veinte años, a los treinta, a los cuarenta años?” Son las doce de la mañana. Nadie, antes de las tres, regresará a la casa. El aire es fresco todavía, pero no cierra la ventana: el sol desnudo, sin el cristal por medio, es más hermoso, le acaricia la piel, da vida a sus ojos, que no lo ven pero que sienten su calor.

Llaman al timbre; no abre, “será algún vendedor ambulante”. Toma, con las dos manos, la taza, grande, de té y lo huele; bebe uno, otro, otro sorbo más. De los castaños del paseo —durante los brevísimos paréntesis de silencio que la circulación de la avenida permite— llegan algunos trinos. Es feliz, es viejo, tiene en las manos —entre las manos— una taza grande de té de la que ya ha bebido la mitad; el sol, amigo fiel, acaricia su rostro; está ciego, es feliz, ya no le asusta nada.

Teresa Oliver

UN POEMA INEDITO DE RUBEN DARIO

El número de poemas inéditos de Rubén Darío, que pronto verán la luz, bajo el título de *Poesías inéditas*, asciende a un total de cuarenta y siete composiciones. Se trata de poemas que fueron publicados, muchos de ellos, en vida del autor, pero se desconocían por no haber llegado hasta nosotros sino después de estos últimos veinte años, al ser descubiertos en viejos archivos y hemerotecas privadas. Esa es también la razón por la que no aparecen recogidas en las *Poesías completas*, publicadas por Aguilar.

Este es el caso, por ejemplo, del poema titulado "A mi madre", cuya fecha exacta se desconoce. Pero, como testimonio es de un gran valor, por tratarse del único poema que existe de Darío dedicado a su madre. Dice así:

A MI MADRE

*Soñé que me hallaba un día
en lo profundo del mar:
sobre el coral que allí había
y las perlas, relucía
una tumba singular.*

*Acerquéme cauteloso
a aquel lugar de dolor
y leí: "Yace en reposo
aquel amor no dichoso
pero inmenso, santo amor".*

*La mano en la tumba umbría
tuve y perdí la razón.
Al despertar yo tenía
la mano trémula y fría
puesta sobre el corazón.*

La relación del poeta con su madre estuvo marcada por el distanciamiento y la tragedia. Rubén Darío (1867-1916), nació del matrimonio de los primos hermanos Manuel García Darío y Rosa Sarmiento Darío

(1843-1895). Un matrimonio mal avenido que se separó un mes antes de nacer Félix Rubén García Sarmiento, su verdadero nombre. Esta es la razón por la que Rosa Sarmiento, que vivía en León de Nicaragua, dejó el hogar para instalarse una temporada en casa de unos parientes que vivían en un pequeño pueblo, casi un aldea, en Metapa, también llamado Chocoyos, donde nació Darío. Después del alumbramiento, Rosa regresó a León, pero dos años después, en 1869, abandonó el hogar de sus tíos paternos, coronel Félix Ramírez y Bernarda Sarmiento, dirigiéndose a San Marcos de Colón, Honduras, acompañada de un amante. Algunos meses más tarde, el coronel viajó a Honduras, regresando a León en compañía del niño, donde éste viviría, definitivamente, lejos de su madre, hasta que en la adolescencia inició la gran aventura de su vida entre los dos continentes.

En su *Autobiografía*, Rubén Darío cuenta las dos veces que vio a su madre. "Un día —dice Darío—, una vecina me llamó a su casa. Estaba allí una señora vestida de negro, que me abrazó y me besó llorando, sin decirme una sola palabra. La vecina me dijo: "Esta es tu verdadera madre, se llama Rosa y ha venido a verte, desde muy lejos". No comprendí de pronto, como tampoco me di exacta cuenta de las mil palabras de ternura y consejos que me prodigara en la despedida, que oía de aquella dama para mí extraña. Me dejó unos dulces, unos regalitos. Fue para mí rara visión. Desapareció de nuevo." No debía volver a verla hasta más de veinte años después".

Ricardo Llopesa



José Lamuño: retrato de Rubén Darío. (Inédito)

PAUTAS PARA IR AL ENCUENTRO DEL PINTOR PERUANO JACINTO MURRUGARRA



En plena cordillera occidental andina, a 2.750 metros de altura sobre la pleamar del océano Pacífico, Jacinto se inicia como artista con un delecto secreto de líneas e imágenes. Dibuja con el dedo sobre la tierra; después, con ramitas secas y piedrecitas que alguna vez pudieron ser rocas eminentes. El color de las flores como material iluminador es un descubrimiento que le estremece. Apenas empieza a hacer combinaciones de pétalos como un echador de cartas, y le salen caras en las que intenta descubrir verdades parapetadas en los párpados ferruginosos, en las comisuras verdosas. Con pétalos. Con mano infantil. El mayor homenaje recibido por el sufrimiento humano. Pero tan efímero como la obra destinada desde un principio a desaparecer bajo una ráfaga de viento, bajo la pezuña de un animal que se salva del sacrificio en la huida.

Ver, con el paso del tiempo, al artista peruano en la abundancia de sus óleos, sus lápices bien afilados, telas y papeles de lo mejor, hace temer la pérdida de un ser humano que, al emanciparse, se desprendió del bagaje de su pasado —su sencillez, su afabilidad—, ocultándolo como hacen los paracaidistas con sus paracaídas para no ser descubiertos. Murrugarra ha realizado sus conquistas sin renunciar a lo más íntimo de lo que queda atrás, de lo que fue. Los verdaderos artistas se dedican a la acrobática y complicada tarea de hacer de compás: trazar círculos concéntricos, cada vez de mayor diámetro, un pie firme, hincado en el suelo de su niñez, y con el otro en vuelo, abarcando sin descanso nuevos espacios. Jamás son plenamente

“En su Cajamarca natal, mientras los demás niños se dedicaban a sus juegos, Jacinto permanecía absorto, con la vista y el oído puestos en un palisandro. En el ramaje del árbol se refugiaba un huaychau, pájaro misterioso silbador de unas melodías que nadie le enseñó. Un día, el pájaro nunca visto, dejó de cantar. Sus espléndidas plumas aparecieron esparcidas junto al tronco del árbol de rica madera. Jacinto acababa de experimentar la relación que puede darse entre el arte y la muerte. Pero tenía decidido ser artista, inmerso como estaba en el arco iris que extendían sobre su cabeza las madejas de lana hiladas y teñidas por su mamá con barro, chulco, barba de piedra, cochinilla, todas las sustancias colorantes —vegetales, animales, minerales— que prodiga la Naturaleza peruana, y que ella utilizaba sabiamente, amorosamente, para proteger y alegrar el sentido de la vista, de la vida de sus hijos. Jacinto se cubría, como el resto de su familia, con la ropa hilada, teñida y tejida con fórmulas ancestrales, ideadas y ensayadas muy abajo en el tiempo por gente andina, incas o preincas, fórmulas transmitidas con el sigilo que impone la posesión de un tesoro. Tenía Jacinto las pupilas rebosantes de color, del néctar del color. Pero fue en Lima, ya adolescente, donde despertó su conciencia a la comprensión del mundo campesino y subterráneo peruano; fue allí donde

Sospecha que en lo atractivo de un árbol, la montaña, el nublado, se oculte un ser perverso, o que sea perversión ocuparse de “esas cosas” cuando hay otras que hicieron exclamar a Bertol Brecht: “¡Qué tiempos éstos, en que hablar de árboles es casi un crimen. . .!”

La obra de Murrugarra responde a diferentes técnicas —dibujo, acuarela, óleo, cuero repujado—, pero, en realidad, a un solo tema, a una sola preocupación: primeros planos de rostros, figuras que el artista conserva en su atormentada memoria de todos los días; retratos de gentes innominadas; retratos del alma de unos pueblos dispersos por un continente donde, a veces, las personas, de todo cuanto entra en el corro del mercado, es lo que menos precio alcanza. Por eso tantas caras. Contra la práctica de la deshumanización o la simple inhumanidad, humanidad al completo, sin un resquicio por donde entre el menor detalle que distraiga la atención o, simplemente, el engaño disfrazado de otra cosa. Sólo las manos para reforzar la expresión de unos ojos que devienen llamaradas en presencia de unas lágrimas que no se vierten. Así les queda algo, como a las sedientas plantas del desierto.

“Jacinto se introduce por entre esos escarpados rostros, casi inaccesibles a la caricia o al beso, de ojos que miran sin ver, que miran hacia adentro, a través de una conjuntivitis de siglos; esas manos encallecidas de impotencia, de tanto taparse la boca, de sostener la arquitectura de un cráneo que se derrumba camino de la dulce horizontalidad.” (Del catálogo para la exposición de abril/mayo de 1983.)

Por rudo, por amargo, por fiero que sea lo que su conciencia le manda no callar, su mente aporta una dosis de ternura que impregna cuanto crea, esa serie de figuras individuales, dialogantes con su sombra, pero aunadas por la firmeza de un mismo sentimiento.

Donde acredita la ternura de manera explícita es en los cueros repujados. En ellos se libera de tanto pesar, de tanta angustia como le apresan, y da forma a esos delicados, sutiles músicos entregados a hacer sonar sus instrumentos hasta la extenuación. Tersos, pulidos bajorrelieves, que evocan las renacentistas “cantorías” de Lucca della Robbia. Surge el tipismo



Mujer y pájaro. Tinta china.

adultos. Por eso los necesita la humanidad.

Existe otra versión, otro atisbo de cómo Jacinto entró en contacto con el mundo del color organizado: por medio de la freudiana mano de una mujer, su mamá. El autor de este comentario tendrá que copiarse a sí mismo entresacándola del texto del catálogo de su última exposición celebrada en España el pasado mes de junio.

se fraguó la negrura que luego transferiría al papel, haciendo de éste una materia equivalente al bronce o al mármol.”

Por más que suene a fábula, son verdades que sólo se sirven de la ficción para el engarce de dos hechos fundamentales: la existencia arbórea y la muerte del pájaro amado y la afanosa dedicación textil de la mujer, que aparecen resumidos, apretados el uno contra el otro, en la viñeta, obra del personaje central, el artista, que ilustra el catálogo.

En la composición lineal, con una técnica tan austera y acoplada a la realidad resultante del grabado, Jacinto hace que restalle la figura, menos aún, el rostro humano, y se torna imperativo cuando, “con el lápiz esculpe rostros y manos, fisonomías surcadas, heridas profundamente por un dolor antiguo, reliquia heredada desde hace siglos, que no se sabe qué hacer para desterrarla. La convicción que concentra en sus dibujos al grafito tiene una fuerza que se toma expansiva y comunica con facilidad la emoción del manantial de donde fluye. En las acuarelas y en los óleos, el color suaviza la tensión argumental primitiva, excepción hecha de esa serenísima “Pacha Mama” (Madre Tierra), que acapara el simbolismo inmanente en la obra de un artista testimonial como lo es Murrugarra, que anda rondando caminos colosales, pero acaso no tan manieristas, como los recorridos por Orozco, Rivera, Siqueiros, Tamayo, Guayasamín, todos, como el propio Jacinto, hechos a los conflictos de un área geográfica de frecuentes conmociones telúricas y sociales.”

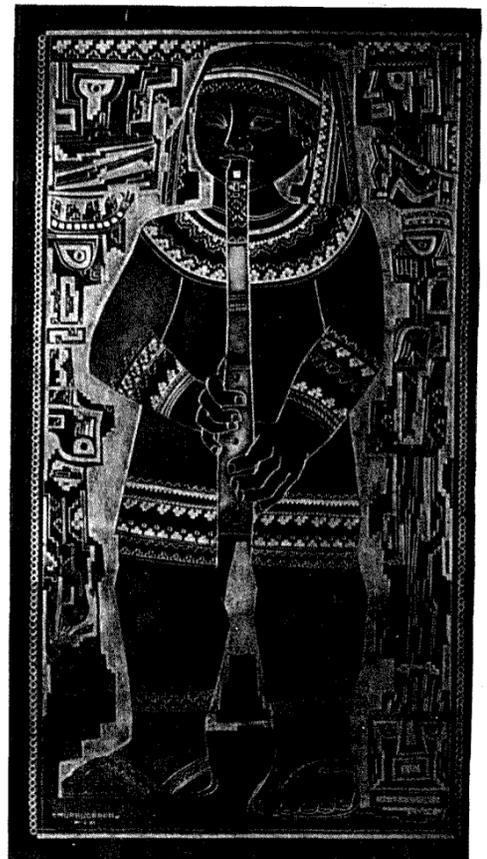
Van Gogh dijo que prefería pintar los ojos de una persona a pintar catedrales. No supo o no pudo atenerse a su palabra. Más que la falta de memoria atribuible a su desequilibrio mental, el ímpetu de su fuerza creadora rompió una promesa tan restrictiva, y si no pintó catedrales, pintó iglesias, paisajes, lirios, girasoles. Es decir, catedrales, porque todo cuanto tocaba con sus pinceles acababa teniendo la categoría, el aire grandioso de un ente catedralicio. Jacinto se ha abstenido de hacer declaración alguna; no ha dicho “Pintaré sólo esto”, “No pintaré aquello”. No, no ha hecho ningún tipo de manifestación que comprometa su actitud de futuro. Por ahora sólo muestra una identidad de pintor que le sitúa en la zona de reserva en la que se propuso permanecer “Vicente el holandés”.

en la indumentaria y en la caprichosa ornamentación —modelos decorativos de viejas y superpuestas culturas que él alcanzó a conocer— que aureola los cuerpos y los bustos juveniles. Es el divertimento de un artista tenso, torturado que, expresándose con figuraciones peruanas, obtiene el premio de entendimiento universal.

M. Fernández Nieto



Congoja. Grafito.



Melodía inca. Cuero repujado.

SILUETA DE POLVO

I

Se interpuso el resto de mi pena
fláccida colgante y vi los huesos
sentí la muerte la nada
mi desesperada sed se agrandó
yo no soy yo no soy yo no soy
se me desnudará la piel
querré pieles para vestir el miedo
doleré desnudo otra desnudez
al borde al cabo allí
la vida es una pérdida
una desaparición mayor
envidio al verdugo al ahorcado
aúllo impiedades
demando eternidades
tenerme cerca
siempre

II

Explicar cierta muerte
cierta nada
sin metáforas
cierta lejanía
sin catapultas
cierta ausencia
sin recuerdos
cierta ceguera
sin tactos
cierto horror
sin máscaras
cierta nada
sin mí

EL DISFRAZ DEL CUERPO

I

No hay dos más uno que sumen en esta frontera. Un
existir sonámbulo atraviesa la luz. Un pie aparece
en la mirilla y aterra la confiada percepción. Se
abre la puerta para contemplar el vacío. (La puerta
no hace separación).

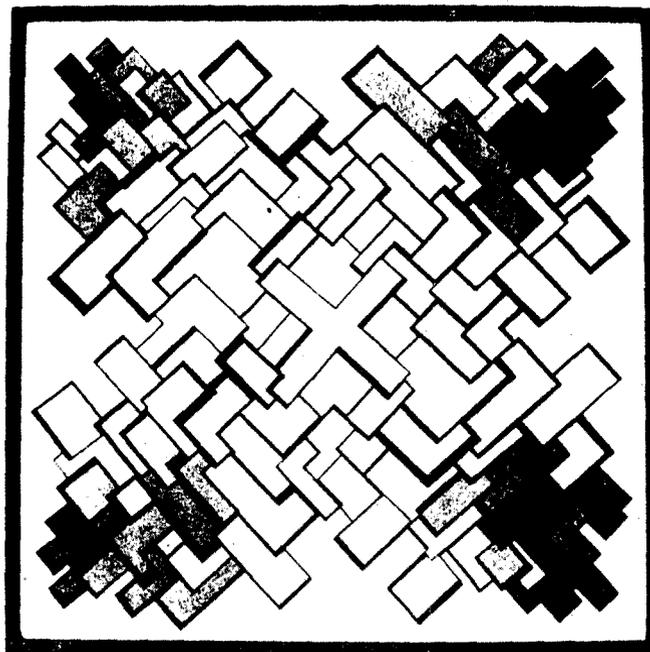
II

Un sentirse el ámbito vacío. Y dentro la inmersión
en otro ámbito. Otra caparazón que uno se calza,
adentro, desde afuera, hacia lo hondo de los bordes
del ámbito. Bordea equívocos en lo interno de la
escena.

III

La perspectiva final del poema. Su otro don. El
silencio.

Enrique Blanchard



HIGUERA

PALABRAS EN EL VIDRIO

Mientras llueve afuera,
en este vidrio gris de mi ventana
garabateo nombres:
clavel, sandalia, río,
garabateo verbos:
amar, correr, mojarse.
Le pongo cinco brazos a la M.
Le pinto dos pestañas a la R.
Y estornudo.
Desde afuera
dos ojos quieren ver lo que yo escribo.
No entienden.
Se manchan de neblina.
Y mientras baja el agua
mis letras se deforman,
se alargan fríamente.
La noche en mi ventana
es cicatriz siniestra.
Garabateo frutas:
durazno, mirabel, cereza.
Tal vez toda fragancia me perturbe
y guste simplemente
del agrio pantalón de los arbustos.
Será porque la vida
comienza en el vaivén de los pistilos
y acaba entre los pliegues de la brisa.
Garabateo plumas:
gaviota, colibrí, paloma.
Seguramente yo amo
las cuerdas imposibles del espacio,
algún alero incierto
y alguna infiel balandra.
Y mientras llueve afuera
y sigo estornudando y escribiendo
endulzo este café con esa luna.

Violeta Luna



*El viento suena hondo.
El mar de Micenas acalla su ronquera,
es un volcán en vilo.
Medusa anda en las colinas,
sus serpientes se inflan
y se inflan.
La tapia oscura que todo lo cubre
está mirando,
riendo a carcajadas.
Medusa saca sus pezuñas y las clava en la tierra.
Medusa abre y cierra las pestañas.
Su boca es un cordón ancho hacia la guerra.
Al cuarto va
a inundar la fortaleza.
Abre la puerta
y se menea y se menea
furia, cráter
muere los muebles, el piso
como una pantera con agallas. Los ojos van arriba,
van de lado
van a todas partes
menea su lomo, su cresta en cada filo.
El cuarto es un fuego gigante y en el trono de soledad
Clitemnestra se sienta.
Y siente la lengua de Medusa en los pies,
en cada seno.
Sus pezones se hacen fuentes.
El placer entra.
Medusa la restriega y la desnuda,
la latiga, la sacude y la alza. Se le monta en el cuello,
le embara la cara.
Lengua con lengua,
espuma roja, espesa.
Los labios queman, arden las orejas.
Tantas serpientes en un clítoris
tanta blandura fuerte, sedienta.*

*Las caras se lamen; los ojos se encuadran.
Las dos fieras se miran.
Se tiran en una cama larga
Medusa monta un caballo largo
el techo las aplasta
y se unen
y se unen
y se aman
y se cortan de dientes.
Medusa le entra por la boca, por la espalda, y grita.
Cada serpiente ocupa un orificio
Clitemnestra ladra.
Sus brazos amarrados a la gran cabeza desangran.
Dos mujeres vibran, se amoldan
mueren abrazadas
y ya no hay heridas ni cráteres.
Micenas renace.
El sol apunta y clava su fuego en una cama muy
/mojada.
Ruinas de unión descenden por las puertas
como una capa espesamente caminando hacia afuera.
Las escaleras gimen y ríen, crujen,
el placer las desploma.
La leche de las dos se junta en una sola
y baja hacia el mar.
Clitemnestra ha dado sus senos duros
Clitemnestra ha recibido manos y manos y carne
en la boca.
Su boca está seca, la cintura delgada.
En medio de la perfección vuelve la cabeza a dar el
último beso de la noche
y ve a Electra.*

Magalí Alabau

EN LA TIERRA DEL HUMO

Salón grande. Humo. Sonrisas abiertas. Ambiente de música al empezar. Faldas, orquídeas, mitones, brillantes, boquillas. Perfume de uniforme limpio. Oficialidad. Sonrisas de evasión, galanteos de evasión, intentos de evasión. Música pronta a estallar. Allí está ella, jugando su papel. ¿Vino conmigo? ¿Se irá conmigo? No lo sé. Allí está, encajando aparentemente en el engranaje de evasión. Un vaso de cerveza, sidra, champán. Humo. Conversaciones, voces. Conversaciones en voces que no parecen ser las del hablante. Que salen resonando como de una caja hueca. Como si los que hablan trataran de escapar de sí mismos en las resonancias de las cuerdas vocales. Humo, voces, elegancia hecha telas. Resplandor de brillantes, amplitud de sonrisas. Masa que lentamente se hace etérea, amorfa y comienza a confundirse con el humo. Masa que elegantemente, amablemente, juguetonamente parece aglobarse a mi alrededor. Se me aprieta el pecho, se me hace densa la víscera del corazón. Debo deslizarme hacia afuera. Fuera de aquella masa que, cargada de indiferencia y de falta de intención, parece estrangularme.

Me encuentro en un salón familiar. En un salón donde se mira la televisión sin escucharla, donde se lee un libro sin que se asimile el contenido. Un sofá cama, una televisión, una pared de cristal, dos cómodas sillas. Salón limpio. Ambiente artificial. Ambiente de hojas, guirnalda y flores plásticas. Sin pensarlo, me acerqué a la vegetación artificial y traté de inhalar el perfume ausente. Por asociación de ideas, me vino a la consciencia una escena hundida en el Tiempo, en una tierra de nieves y nevadas y temperaturas de subcero. El humo de una taza de café me acariciaba los labios. Cafetería, barra, bar de decoración española. A la derecha de mi mesa, un murillo de madera cargando macetas de flores, hojas y guirnalda artificiales. Mi acompañante se acercó a la vegetación plástica y trató de absorber el perfume ausente. Dándome una explicación que no le pedí, me dijo: “Con cuánto ahinco trata el ser humano de soñar. En esta tierra árida, de hielo, conserva el verdor de una planta que no existe”. Sentí una inmensa compasión hacia el ser humano. Hacia el ser humano que reviste de un verde sin perfumes su destino. El recuerdo de esta escena se me desvaneció de la mente, pero me dejó un sabor extraño en los labios; una rara sensación en el pecho.

A la derecha del salón artificial, el boquete de una puerta. Una puerta que da al dormitorio principal. En el umbral se amontona un grupillo de tres mujeres. Una de avanzada edad; otra joven en la que, sin saber cómo, reconozco o presiento a la anfitriona. Una tercera cuyo contorno se me escapa del plano de la realidad. Una tercera a quien no puedo definir. La voz anciana pide permiso para ir al baño y se pierde en el boquete que conduce a la alcoba principal. Me quedo sentada en el sofá, esperando que el grupo pase por mi lado, indiferente, y me deje en el tranquilo desasosiego de esta ausencia total de todo, menos de mí misma. Espero el momento en que me quedaré a solas con el fluir de mi sangre, con los latidos de mi corazón, con mi mundo pensante. La anfitriona toma un libro. De pie, a mi lado, comienza a leer. De cuando en cuando me mira y yo asiento con la cabeza como queriéndole decir: “He asimilado todo”. ¿Por qué

me lee? ¿Considera que es su deber el distraerme?

Toda mi consciencia se concentra en el ambiente de la alcoba principal. ¡Qué atracción irresistible! ¿Cómo explicarme a mí misma esta atracción irrefrenable por aquella alcoba? Impaciente porque la anciana no acaba de salir, ensayo un chiste: “¿Se habrá ido esa señora por el hueco?” Las risas que esperaba nunca sonaron. Las dos que estaban delante de mí no parecieron enterarse de mi esfuerzo de buen humor. La que leía me interrumpió bruscamente y me señaló una palabra: *HORDA*. Pronunciándola en alta voz me dijo: “¿Sabes lo que significa?” Le contesté: “No sé lo que significa cuando se pronuncia de ese modo. No sé lo que significa cuando se escribe con esa H que apenas reconozco”. “Significa —tomé nota— la relación de una palabra con otra”. Mientras aceptaba y anotaba aquel disparate, sentí vergüenza de mí misma.

La voz anciana pasó por nuestro lado y mostrando un desinterés absoluto por aquella lectura, se alejó desapareciendo en el salón de evasión. Me dije a mí misma que un ardor quemante me destrozaba la vejiga. Interrumpiendo firme y resignadamente aquella lectura, dije: “Debo ir al baño”. La anfitriona cerró el libro. Dibujó una sonrisa. Sin mirar la silueta de la otra, de la imprecisa que siempre iba a su lado, abandoné el sofá y me dirigí con paso lento a la alcoba. Alfombra azul prusia, mullida. Muebles mediterráneos, madera oscura. Sobrecama de tafetán. Listas azules y lilas. Cama cama, cama de matrimonio. ¡Cuánta intimidad! ¡Cuánto misterio! De pie, recorriéndolo todo con la vista. Queriendo arrancarle al silencio el sonido de voces enronquecidas. Queriendo arrancarle al vacío el sabor palpitante de besos. Hurgar, hurgar, buscar la huella del grito que se escapa de entre manos crispadas. El ropero. . . La ropa nos acerca a las vivencias. Me encaminé hacia él. En el suelo, unas medias largas de nylon, una faja y una sayuela de jersey. Sin tocar la puerta entreabierta del armario, me asomo para ver la ropa. Faldas, blusas, abrigos, vestidos.

El ruido de un tiroteo de ametralladoras me sacó de aquel ensimismamiento. Salí de la alcoba. La anfitriona, sin pedirme pareceres, me tomó fuertemente del brazo y echó a correr conmigo, saliendo de la casa. La imprecisa nos seguía. Traté de pensar y no logré coordinar mis ideas. Se me ocurrió que *ella* se quedaba atrás. Allá, en el salón de evasión. Mi intención se quedó aprisionada en el fuerte hierro de la realidad. Uniformes, ametralladoras, un jeep. Guerra. Chinos, chinos, chinos. Uniformes. Balas, balacera, ametralladoras. Una fachada blanca. Casa de mampostería. La anfitriona pide auxilio. Sale una china señalándonos con el índice. Nos denuncia. La anfitriona, dirigiéndose al oficial del jeep, trata de imitar los monosílabos nasales. Escudo de aceptación o integración fingida que puede salvarnos la vida. La ametralladora apunta. La anfitriona echa a correr seguida de la imprecisa. Me quedo petrificada un instante. Trato de seguirlas. Ruido. El pecho abierto, me sangra. *Ella* se ha quedado en el salón de evasión y yo. . . yo debo de seguir y perderme en la bruma.

Mireya Robles

